

Ideal Revista

PUBLICACIÓN ARTÍSTICA SEMANAL

Año II | Valdepeñas 18 de abril de 1927 | N.º 16

Administración: Empresa del Cine Ideal

CINE IDEAL

FUNCION DE MODA.

el Martes 19 de Abril

a las DIEZ y media de la noche (hora oficial)

PROGRAMA

Proyección de la producción cinematográfica **EXCLUSIVAS DIANA**, en ocho partes

LA BATALLA

interpretada por

Sessue, Hayakawa, Tsuru Aoki, Gina Palerme y Jean Dax.

Ideal Revista

Esta publicación se reparte a domicilio gratuitamente.

Se suplica a las personas que deseen recibirla, que se sirvan notificarlo a la Empresa del CINE IDEAL.

No se devuelven originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

CINE IDEAL

Programas a proyectar en funciones sucesivas

Jueves 21 de Abril. Magnífica superproducción marca ALBATROS,

EMBRUJAMIENTO

por JEAN ANGELO y NATALIA KOVANKO.

Sábado 23. El programa especial Ajuria de la marca PARAMOUNT

¡HOMICIDA!

por THOMAS MEIGHAN y LEATRICE JOY.

Domingo 24. Principio de la interesante serie francesa,

LA MENDIGA DE SAN SULPICIO

según la célebre novela de Javier Montepin.

Tristeza y Soledad

Triste es la realidad después de un sueño
que llega en su ilusión a lo imposible:
el vencido creyéndose invencible;
el pobre esclavo en poderoso dueño.

Quimera vana el obstinado empeño
de llegar con la mano a lo intangible,
pues será a su pesar indefinible
prócer soñando, al despertar pequeño.

Triste es la soledad, cuando el piloto
en su afán de llegar hasta lo ignoto
en alado bajel cruza el espacio,

triste es la soledad en todas partes;
pero es más triste aún la del rehacio
que se acuesta en la noche de los martes.

UN MÉDICO POETA

Abril, 14 927.

Revisado por la censura.

FLORES DE RESURRECCIÓN

A mi simpática y distinguida amiga M..., como el mejor consejo.

Imaginativa y soñadora, espíritu propicio a la comunión con lo maravilloso y extraordinario, Charito Ordóñez sentía intensamente la sugestión fantasmagórica y hazañera de las novelas y películas de aventuras, y admiraba con entusiasmo superior a toda ponderación a los más célebres protagonistas e intérpretes de esas manifestaciones del arte literario y del arte mudo. Sobre todo por los ídolos populares de la pantalla sentía un verdadero culto y soñaba con imitarlos, con ser ella algún día uno de esos ídolos, que, desde el lienzo de proyecciones, sojuzgan el espíritu de las multitudes, se apoderan de las almas, conmueven los sentimientos y tensan hasta el límite las fibras de la sensibilidad.

A que esa afición se desarrollará de manera morbosa en Charito Ordóñez habían contribuido grandemente los desmedidos elogios de sus amigos y admiradores, que, para referirse a la vivacidad sugestiva e insinuante de su expresión y a la gentileza de su figura, animada y esbelta, evocaban la prodigiosa gracia y la estilizada belleza de Elena Farkmay, la actriz cinematográfica tan admirada del mundo entero.

En su fervor hiperbólico, uno de los más entusiastas de Charito, muchacho ilustrado y con pujos de poeta, que colaboraba en la revista local, llegó a decir, ante la propia interesada y en una reunión de sociedad:

—Señores: la expresión fisonómica de Charito Ordóñez, tan intensa en sus matices cambiantes; tan ágil y llena de vitalidad; en la que el gesto, sugeridor y plástico, cobra vida y se hace palpable la sugerencia que provoca, es la expresión de una verdadera artista cinematográfica, de una intérprete excelsa del arte mudo.

Así, a los embates de la sugestión propia y de la que provenía de juicios como ese, la «irresistible vocación» por el arte mudo, el deseo ferviente de ser una estrella de la pantalla fueron acusándose en el ánimo de Charito como los contornos de la figura se acusan en la materia inerte, netos y precisos, a los golpes del escultor.

Y llegó un día en que ese deseo se convirtió en alucinante obsesión, en avasalladora idea fija que hacía vivir a Charito casi en perpetuo estado semidelirante, en el que las aventuras y las hazañas más maravillosas desfilaban por su enfebrecida imaginación y en las cuales Charito se veía, ya la heroína, ya la gloriosa intérprete aclamada por todos los públicos, llevada en triunfo por ambos continentes.

Por la noche no era raro que sus hermanas Pilar y Anita la

oyeran dar gritos trágicos o pronunciar arengas heroicas. Durante el día pasábase largos ratos ante el espejo estudiando actitudes, ensayando gestos, con un fervor no exento en absoluto de arte, pero revelador de la preocupación obsesionante que lo engendraba.

Al fin, la torturadora y tenaz aspiración, forzando los frenos de los miramientos sociales y los respetos familiares, quiso trócarse en realidad viviente, y Charito Ordóñez, con la complicidad de una criada, a quien venía dirigida la correspondencia, púsose en relaciones con una Empresa cinematográfica de América, que tenía establecida una Agencia en nuestra ciudad condal.

Y una noche, sin despedirse de sus padres y hermanas, que sabía irreductiblemente opuestos a sus aficiones y propósitos, cogió todas sus alhajas y el ahorro de efectivo que había logrado hacer y, auxiliada por la cómplice servidora, levantó el vuelo hacia la rosada región de sus ideales, esto es, marchó para Barcelona, desde donde, previo un ligero examen de sus aptitudes, del que tenía la seguridad de salir airosa, partiría para América, para la «ciudad camaleón», sede social de la Empresa contratista y fuente y taller de la principal producción cinematográfica.

II

En Los Angeles, la ciudad encantada de las metamorfosis sorprendentes, de las maravillosas decoraciones y el transformismo taumatúrgico en las calles y en las campiñas aledañas, la lucha entre los artistas ansiosos de conquistar la celebridad y la fortuna era imponente y abrumadora. En Charito Ordóñez los directores técnicos de aquella gran Empresa apreciaron un arte espontáneo, natural, un poco primitivo, como emanante de un espíritu falto de refinamientos mundanales y de complicaciones psicológicas. Y se le confiaron los papeles en que había de mostrar ingenuidad, honradez de sentimientos, pasiones puras y romántica éxtasis.

Al principio sintióse un poco aturdida en aquel mundo inconsistente y polifacético, en el que la vida tenía algo de torbellino, de catarata, donde la luz del arte se rompía en innumerables formas y matices, como la claridad del Sol, en orgía cromática y lineal, brilla en los planos vertiginosos y en las rizadas ondas y perlas espumosas de una rompiente.

Enajenada por el encanto y la actividad febril de su nueva existencia, Charito Ordóñez apenas tenía tiempo para acordarse de su vida pasada, de sus padres y hermanos y su tranquilo hogar... Alguna vez, en el breve descanso, solía representársele, como una visión vaga y remota, su existencia anterior, con la monotonía del vivir pueblerino, siempre igual, sin estímulos acuciantes ni fuertes emociones, sin peligrosas aventuras, aplastante, en fin, en su rutinarismo y simplicidad.

En aquella borrosa estampa del recuerdo sólo la figura de su madre se destacaba con un fuerte relieve de atracción afectuosa e impulso conmovedor. Un día escribióle una cariñosa y larga carta en la que trataba de justificarse y le daba cuenta de su vida y del rumbo favorable de su carrera artística. El triunfo definitivo no se haría esperar, y entonces, cuando ella fuera ya célebre y millonaria, les protegería en cuanto pudiera y les visitaría a menudo, pasando a su lado días felices...

Pero, ¡oh, mentido encanto de la ilusión!... Pasaron los meses, y aun los años, y el anhelado triunfo no llegó... Lo que advino al fin, aunque Charito Ordóñez creyó hacer todo lo posible para evitarlo, fué la contaminación de aquel ambiente ultramodernista y cosmopolita: el olvido de la moral heredada y fortalecida en la paz de santuario del hogar pueblerino, la afición a las drogas y al encanto morboso de los paraísos artificiales, los amores folletinescos y fugaces, sin consistencia, sin raigambre espiritual ni finalidad compensadora: placeres dolorosos, caminos sin rumbo, apetitos que se excitan y no pueden saciarse...

Un día impresionábase una película de gran espectáculo en la que se representaba una correría de gauchos a través de la pampa. Charito Ordóñez actuaba de amazona y debía hacer saltar a su caballo sobre un río de relativa anchura. Se le aleccionó bien e hizo previos ensayos; pero en el crítico momento, una indiciación de su voluntad o una torpeza de la cabalgadura hizo caer a ésta, apriionando rudamente a la artista, que resultó con la clavícula derecha fracturada y conmoción cerebral, lo que hizo precisa la hospitalización de la lesionada durante un lapso de tiempo que hubo de dilatarse por la complicación de una neumonía y la intensa anemia que por último se le declaró a la paciente.

Al principio, amigos y compañeros visitáronla, proporcionándole algún consuelo en sus sufrimientos y animando su decaído espíritu. Luego, las visitas se fueron espaciando y llegó el día en que la pobre Charito encontróse sola en su lecho numerado, unidad de una serie de desgraciados a quienes el sufrimiento moral (más terrible a veces que el dolor físico), la sensación del fracaso irreparable, la añoranza de lejanos afectos y días más felices torturaban el alma, mientras el cuerpo recibía la limosna de una caridad obligada y de un mercenario afecto... Los que allí adolecían, por enfermedad o por accidente, pronto eran olvidados y rara vez repuestos en sus empleos. Eran como desechos, despojos y residuos de aquella colosal fábrica del arte y la energía.

En las desoladas e insomnes noches en que ni amantes, ni amigos, ni compañeros parecían acordarse de que ella había existido en el mundo, Charito Ordóñez, la infortunada víctima de una ilusión fantasmagórica y novelesca que ella tomó por «irresistible vocación»

cuando sólo fué antojo de una niña ociosa y mimada, revivió con la imaginación su vida pretérita y lloró con infinita amargura al considerar, a la luz del desengaño, cuán grande había sido su error y cuán injustificable su conducta. Ahora se explicaba por qué la carta que dirigió a su madre no había obtenido contestación aún. — ¡No merezco perdón — decía a sí misma, acongojada y contrita.

Una mañana, cuando ya iba convaleciendo, entregáronle una carta enlutada, con el sello de España. Trémula de emoción y presintiendo alguna horrible desgracia, apenas se atrevía a abrirla. Hízolo, al fin, y no se había engañado en su fúnebre presagio. Firmaba la carta su hermana Anita, y en ella le participaba la muerte de su madre, que, enferma desde la huída de Charito, habíase rendido a la acerbidad de su dolor, tanto más inconsolable por cuanto no podía exteriorizarse, ya que su padre, profundamente amargado por la defección de la prófuga, había prohibido a todos terminantemente que hablaran de ella, amenazando con maldecir a quien estableciera la más mínima comunicación con la fugitiva. Ella, Anita, infringía la consigna cumpliendo el supremo ruego que le hiciera su madre, una hora antes de morir, de enviarle su perdón y su llamamiento para que retornara al hogar que abandonó...

Deshecha en lágrimas y presa de una inconsolable congoja, Charito Ordóñez hubiera querido poder volar a su tierra, de donde parecían llegarle voces quedas y dulces; orar muchas horas ante la sepultura de su madre, y, ya perdonada, reintegrarse para siempre a los brazos de los suyos, curando con bálsamos de amor y afabilidad la herida que en el afecto familiar abriera su ofuscación. Pero no podía partir... Impedíanselo su desvalidez económica y su invalidez física...

La vehemencia de su deseo fué poderoso incentivo para su restablecimiento. Ya curada (muy relativamente, pues su juventud y su alegría quedábanse allí enterradas), dedicóse con ahínco a la consecución de los medios económicos para realizar el viaje. Suplicando unas veces, y otras amenazando con una reclamación judicial, pudo conseguir de la Empresa en cuyo servicio se inutilizó que le abonara una indemnización, con cuyo importe pudo al fin ponerse en camino para España.

Quando llegó a Madrid solo le quedaba un puñado de pesetas. Sacó el billete del tren hasta Valderas, su pueblo natal, y el dinero restante lo empleó casi todo en flores, con las que cubriría la sepultura de su madre...

III

A la llegada del tren rápido a Valderas, a las dos de la tarde, Charito Ordóñez, cubierto el rostro por el velo y recatándose con el enlutado manto, salió de la estación y tomó un carruaje que la con-

dujera directamente al cementerio, sin penetrar en la población. Llevaba con ella la gran cesta de flores que traía desde Madrid.

Ya en la necrópolis, pagó al cochero y lo despidió y dirigióse un hombre que había salido a la llegada del carruaje y que supuso ser el conserje.

—¿Se puede pasar al cementerio, buen hombre? Deseaba visitar una sepultura — le dijo humildemente.

—Sí, señora, puede pasar—contestó servicial el interpelado, que, en efecto, era el conserje—. ¿Qué sepultura es la que desea visitar?

—La de doña Rosario Bárcenas, de Ordóñez—explicóle Charito, conteniendo a duras penas las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos, ante el lugar, la ocasión y el cúmulo de recuerdos que se agolpaban en su mente. Luego añadió dirigiéndose al empleado:— ¿Quiere usted indicarme donde está esa sepultura y ayudarme a llevar estas flores?

—Si, señora; con mucho gusto. Pero no es preciso que usted se moleste; yo solo llevaré esta cesta—y se la colocó cuidadosamente sobre el hombro.

Dentro ya del sagrado y solitario recinto, anduvieron un rato por calles bordeadas de rosales y evónimos, que eran como ruas silenciosas de una ciudad marmórea e inerte, donde cruces, lápidas y figuras estatuarias albeaban resplandecientes, bañadas por el sol. Al fin, el conserje paróse e indicó:

—Esta es la sepultura que usted busca, señora. ¿Me necesita para algo más?

—No; muchas gracias. Tome usted, para que la cuide bien—y le alargó una moneda de dos pesetas.

Ya sola, temblorosa y emocionada, Charito arrodillóse y, vertiendo copiosas lágrimas besó repetidamente el mármol por el sitio en que estaba inscripto el nombre de su madre. Después, con las manos en cruz y levantados los ojos al cielo, deprecó con acento fervoroso:

—¡Madre mía, tu fuiste tan buena que me perdonaste antes de morir, ruégale a Dios que también mi padre me perdone!

Desató luego la cesta, y una lluvia de flores cayó sobre la amada lona funeraria, esparciéndose un suave y grato aroma, que voló a las alturas mezclado con el perfume espiritual de los rezos de Charito.

Abismada en su éxtasis religioso y sentimental, no advirtió la joven que un caballero, más avejentado que viejo, de triste y severo continente, había ido aproximándose hacia aquel sitio, e iba ya a arrodillarse ante aquella sepultura, cuando Charito, advirtiendo su presencia y reconociéndolo, lanzó un grito y abalanzóse hacia él, cayendo a sus plantas de rodillas.

—¡Papá! ¡Papá mío! ¡Perdóname!...—exclamó entre sollozos desgarrados, tratando de abrazarse a las piernas del caballero, que,

sorprendido grandemente, había retrocedido unos pasos, y al fin dijo, con un severo tono que fué a clavarse, como un estilete, en el corazón de la sin ventura.

—Pero ¿eres tú, desgraciada, mala hija?...

—Sí, papá— musitó casi ahogándose la infeliz—; yo, que no he querido morir sin visitar esta tumba y recibir tu perdón; yo, que ya he pagado bien cara la ofuscación que mi loca fantasía y las extrañas adulaciones me hicieron padecer...

—¿Y crees tú, desgraciada, que yo pueda perdonarte tu imperdonable falta y los crueles padecimientos que por tu causa hemos sufrido? ¿Crees tú que tu madre, a quien tu locura le arrebató la vida, te perdonaría si viviera?...

—Sí, papá, sí... Mamá me perdonó ya, antes de morir, y tú también perdonarás a tu pobre hija, que fué mala porque estaba loca, porque vivía fuera de la realidad, porque no supo lo que se hacía... Mi corazón, este pobre corazón mío, que apenas puede latir de tanto como ha sufrido, me está diciendo que tú también me perdonarás, que tú también quieres perdonarme... ¡Papá, papá mío!, ¿me engaña mi corazón...?

La mirada del caballero fijóse un momento en el demacrado rostro, en la dolorosa figura que tenía a sus piés, y, traicionando quizás a su voluntad, un velo de ternura le nubló los ojos, y un grito salido de muy hondo, de muy hondo, de lo más recóndito de su espíritu y de su sangre, brotó de sus labios temblorosos.

—¡No, Charito, hija de mi alma—exclamó, inclinándose hacia la joven—no te engaña tu corazón! ¡Ven a mis brazos...!

La fracasada artista sintió que el pecho se le inundaba de un gozo inefable y pareció como si súbitamente su espíritu se hubiese aligerado de la gran pesadumbre que antes lo agobiaba como un triste augurio de ancianidad y muerte. Era que en su vida, aún juvenil, renacía la primavera; que en el marchito rosal de su alma brotaban flores de resurrección.

EMILIO CORNEJO CAMINERO.

**Muebles de Lujo y Económicos - Artículos
de fantasía para regalos - Servicio de mesa
en cristal fino - Vajillas de Loza**

Emilio González Pérez

=====7, Pí y Margall, 7=====

Cromos :: Molduras :: Lunas :: Aparatos para Electricidad



D. Q. HIJO DEL ZORRO

película de Douglas Fairbanks, contratada
por el CINE IDEAL



Antonio Moreno

Nuestras interviús

Antonio Moreno

Salón de lectura en el «Ritz». Tres mesitas-escritorio de caoba junto a los amplios ventanales que dan a la plaza de la Lealtad. Muebles dorados, tapizados de seda rosa. Claveles, violetas y narcisos en los floreros de sobre las mesitas volantes.

Un señor, bajito y grueso, penetra en la sala. Mira a su alrededor y se dirige a nosotros.

—¿Gustavo del Barco, de IDEAL REVISTA?

Nos saluda afablemente.

Es José María Sánchez García, el formidable periodista que acompaña al *as* de nuestros actores cinematográficos en su viaje por Europa. A las pocas frases se ha impuesto su carácter simpático. Está afónico y se lamenta cómicamente:

—Es lástima. ¡Con lo bien que yo canto «Tosca»...!—luego, ya en serio, añade:—Antonio viene en seguida...

—¿Estarán mucho tiempo aquí?

—No. Moreno marchará mañana a Sevilla para continuar a Algeciras. Yo me marcho hoy mismo a mi pueblo: a Jaén.

Seguimos charlando. Sánchez García, con su gracejo peculiar me habla de sus trabajos en Norteamérica donde colabora en seis o siete editoriales.

Antonio Moreno aparece en el salón. Sonriente se dirige a nosotros y nos saluda con un vigoroso apretón de manos. Con elegante abandono siéntase ante nosotros. Habla con marcado acento americano. Es exactamente igual a como le hemos visto en la pantalla. Esa simpatía con que aparece en sus películas es real. Por sus ademanes, por su mímica no puede negar Moreno su sangre española. Su charla amena, pintoresca, atrae y establece una corriente inmediata de confianza. Es elegante, sin amaneramientos; correcto, sin estudio; y en sus palabras, en sus gestos, no hay ni asomo de fatuidad. Sencillo, campechano, quien con su trabajo admirable dió gloria a España.

—¡Cá, no señor!—nos dice—. Ni idea remota de que iba a ser actor cinematográfico. Ni aquí, en Madrid, en mis primeros años, ni luego en Andalucía pensé un instante en esa probabilidad... Usted sabe que en aquel entonces no había esa fiebre por el *cine* que hoy impera...

—¿Entonces, usted marchó a Norteamérica...?

—A aprender inglés y a perfeccionarme en un buen oficio. Elegí el de electricista... A los ocho años regresé a España a ver a mi madre y de nuevo parí a Nueva-York, donde unos artistas me convencieron para ingresar en su compañía de teatro.

—¿Tenía usted aptitudes para él...?

—Sí. Y completamente insospechadas. Estuve dos años trabajando. Al hacer mi primera película abandoné las tablas para dedicarme de lleno al *cine*. ¡Qué tiempos aquellos...!—añade luego, como para consigo mismo.

Hacemos una pausa. Moreno, del bolsillo del pecho de la americana saca dos vequeros. Nos ofrece uno y cuando vamos a prenderlos, unos letreritos que sobre la mesa hay, nos dejan un poco suspensos. «No fumar». «Pas fumer». «No smoking». En tres idiomas... Y el glorioso artista, con gesto infantil, vuelve del revés las advertencias y, ofreciéndonos su cerilla, dice sencillamente:

—Ya no está prohibido...

Y mientras fuma, muy bajo, perdida la mirada por la estancia, añade:

—Está ahora Madrid más bonito, más alegre... Yo no me canso de pasear por él, de observar su carácter, de empaparme de sus costumbres que fueron las mías...

—¿Qué género de vida hace usted ahora...?—le preguntamos.

—Patriarcal—responde Sánchez García.

—Es verdad—dice el *as*—. Madrugo, trabajo, paseo...

—¿Tiene usted algún contrato pendiente?

—No, ahora no. Concluí el que tenía con la Metro Goldwyn al terminar «Mare Nostrum». Ahora estoy descansando un par de meses que he aprovechado para recorrer Europa con mi esposa.

—Es verdad—recordamos—. Desgraciadamente para sus admiradoras se casó usted.

—Y afortunadamente para mí. La vida de matrimonio es la verdadera vida. Lo otro es no parar, no tener un momento de sosiego... Antes, viviendo esa existencia absurda de todos los artistas solteros, en el fondo, me aburría horriblemente. Ahora...

—Ahora—le interrumpimos—las cartas de sus admiradoras quedarán relegadas al cajón del olvido...

—No—dice Sánchez García—. Antonio contesta, o hace contestar a todas las cartas que recibe. ¿Qué trabajo cuesta ser bien educado?

—Además, halaga. Por muy poco partidario que sea uno de esas cosas, se agradecen. Claro que muchas veces son tales escritos unas peticiones raras que yo no puedo satisfacer. Pero cuando se trata, por ejemplo, de dedicar unas fotografías las dedico y en paz.

—¿Le gusta a usted el teatro?—preguntamos a Moreno.

—Mucho. El teatro y los libros. Y casi tanto como ellos, los deportes—. Hace una breve pausa para fumar y agrega:—Claro que como el *cine*, nada.

—Es decir, que si usted volviera a nacer...

—Sería actor cinematográfico—nos interrumpe adivinando la pregunta—. A pesar de sus amarguras, no crea usted. Porque este

arte las tiene y grandes. Yo, afortunadamente, no tuve que vencer grandes dificultades para llegar donde estoy. Realmente entonces no había tantos obstáculos en nuestra carrera. Pero de todas formas... ¡Cuántos sinsabores se pasan! En Hollywood hay centenares de artistas que valen y apenas ganan para vivir.

—Usted, en cambio, habrá ganado mucho dinero.

Sonríe antes de contestar.

—¡Hombre...! - dice luego—Mucho dinero... Regular: cerca de los dos millones de dólares.

—¿Y tiene usted ahorrado.. ?

—Muy poco—responde Sánchez García—. ¡Gastan tanto estos hombres...!

Otra pregunta nuestra, desvía el rumbo de la conversación.

—Según un periódico madrileño, usted se llama en realidad...?

—Antonio Garrido Monteagudo Moreno. Pero todo el mundo me conoce por mi último apellido. Y es que los primeros ofrecen en Norteamérica grandes dificultades para su pronunciación. Moreno sin embargo, es asejutable para ellos. Es por esto por lo que muchos artistas se cambian de nombre; no por capricho como equivocadamente se supone.

—Una pausa mientras nos sirven el aperitivo. Y, tras beber un sorbo, interrogamos:

—¿Conoce usted algo de nuestra producción cinematográfica?

—No, señor—lamenta él—. Mi alejamiento de España me lo ha impedido. Sin embargo, aprovecharé mi estancia en ella para ver algo. Pero puedo asegurar que será buena. Con sus defectos, como todo lo incipiente, claro. España tendrá buenos actores. Su *marco* es inmejorable...

Aventuramos:

—Si usted se decidiese a *filmar* aquí. .

—Es pronto. Yo no me debo a mí mismo. Tengo mis compromisos ineludibles. Volveré a América unos años más y cuando regrese estoy a la disposición de la empresa que me reclame.—Hace una pequeña pausa y agrega:—Algo me ha hablado de esto Benito Perrojo. Y... no sé... Estudiaré el asunto y... veremos...

Callamos unos instantes, al final de los cuales interrogamos:

—¿Qué película suya le gusta más?

—«Mare nostrum», desde luego... Y eso que, por cuestiones de índole internacional, se le han quitado algunas escenas muy interesantes. También me agrada «Su Alteza el Príncipe».

—Y diga, señor Moreno, ¿realmente existe peligro al rolar algunos *films*.

—Si, señor: Desde luego hay mucho truco; pero existen ocasiones en que se expone el artista.

—Tal vez a algún accidente de estos se refería una gacetilla que hace un par de años publicó toda la prensa.

—¿Cual...?

—Se decía que usted había muerto...

—Hace memoria el gran actor. Luego, encogiéndose de hombros, dice:

—No sé...

—Fantasías.—Añade su amigo.—En el mundo cinematográfico existe cada imaginación que Edgar Pöe envidiaría...

En el salón entran unos señores con aspecto de extranjeros. Cogen periódicos y, sentados frente a nosotros, interrumpen a intervalos su lectura para mirar al formidable artista.

—*Mogeno*.—se les oye murmurar.

El no se dá por aludido. Vacila ante una nueva pregunta. Sonríe mirando a su amigo y dice al fin:

—Mire, la verdad... a eso no contesto... no le puedo contestar. Todos son muy buenos compañeros míos y no quiero que ninguno se ofenda...

Momentos después, sentado ante una de las mesitas escritorio, el gran actor que tan alto puso el nombre de España con su trabajo admirable, nos dedica unas fotografías.

—Salude desde su periódico, y en mi nombre, a Valdepeñas. Si no tuviera contados mis días en España, allá íbamos a beber un vaso de vino...

Y luego, mientras estrecha nuestra mano:

—Y ya sabe: en Hollywood...

—¡Huy!—decimos nosotros.—Me parece que no podré tener el honor de visitarle...

—Quien sabe...! Si a mí me hubieran dicho las vueltas que el mundo iba a dar...

GUSTAVO DEL BARCO Y CABEZAS.

(Prohibida la reproducción).

Madrid-Abril 27.

CATALAN Joyería, Relojería y Platería
INMENSO SURTIDO
Pi y Margall, 6, Valdepeñas

LINOLEUM NACIONAL

PISOS ELEGANTES PARA LA CASA MODERNA

Hijo de Francisco Alarcón—Castellanos, 6

(Esterería) Valdepeñas

?

A

E

E

R

¿

NOTICIAS

Hemos tenido el gusto de saludar a D. Alfonso Caro-Patón que ha venido a pasar las fiestas de Semana Santa al lado de los suyos.

La señorita Domitila Caro continúa en grave estado. Muy de veras deseamos su rápido y total restablecimiento.

Han marchado a Jaén el Oficial de Telégrafos D. Manuel Montero y distinguida esposa. También les acompañan sus tías doña María y doña Elisa de Lallave.

Se encuentra entre nosotros pasando las fiestas de Semana Santa el futuro ingeniero D. Tomás M-Peñasco.

También hemos saludado a D. Jesús Delgado, aventajado alumno de la Escuela de Ingenieros Agrónomos.

Ha regresado de Madrid, en donde ha permanecido cumpliendo sus deberes militares, nuestro particular amigo el médico D. Ernesto Huertas hijo del reputado doctor del mismo nombre.

El miércoles de la pasada semana tomó posesión de su cargo el nuevo secretario judicial, D. José Benavides, persona cultísima y de relevantes prendas, a quien IDEAL REVISTA se complace en saludar muy atentamente.

Durante los días de Jueves y Viernes Santo ha permanecido entre nosotros, nuestro fraternal camarada Gustavito del Barco y Cabezas.

Han salido para la Corte la distinguida esposa de D. Enrique Eloy López Tello y su bellísima hija Lili.

Nuestro alcalde, D. Manuel F. Puebla, acompañado de su distinguida esposa, ha pasado en Ubeda las fiestas de Semana Santa.

—Las procesiones de Semana Santa, han respondido a las esperanzas que el público había concebido. Estas fiestas, que tanta importancia han adquirido en Valdepeñas desde hace algunos años, han conseguido extender su fama en sus pueblos comarcanos.

Infinidad de pasos, con sus bien organizados cortejos de nazarenos y centuriones han desfilado por nuestras calles. Las clásicas mantillas, nunca mejor lucidas que sobre y en derredor de los angelicales rostros

de nuestras paisanitas, han dado la nota más típica de la fiesta. Los balcones, lindos vergeles repletos de nuestras mejores flores, nuestras mujeres, eran lindo ornato de la ciudad.

Los itinerarios han sido completamente alterados por el estado de la calle del 6 de Junio.

La visita de estaciones, resultó un desfile admirable de rostros angelicales.

—El día 14 celebró su fiesta onomástica la bella señorita María Caminero, hija de nuestro buen amigo D. Agustín.

A felicitarla acudieron ininidad de muchachas, entre las que recordamos a las de Rojo (Lola y Alfonsa), Sofía Maroto, Pilar Moreno, María Rustarazo, Lola García Huesa, Pepita Hellín, Natividad Lasala, Vicenta Perona, Paquita Valero, Lucía Solance, Teresa Crespo, y señoritas Elena, Patricia, Felisa y Andrea Caminero.

Una la simpática señorita de Caminero a todas las felicitaciones recibidas la sincera de IDEAL REVISTA.

Prevenirse contra la Tos

HIDROCALCINA (balsámica creosotada)

La Hidrocalcina previene y cura toda clase de catarros por antiguos y rebeldes que sean, evitando sus graves complicaciones.

La Hidrocalcina por su gran poder *balsámico, antiséptico, pulmonarónico y recalcificante* modifica prontamente la mucosa respiratoria alterada, reintegrándola a su estado fisiológico y recalcificando y dando fuerza al organismo, hace desaparecer la propensión a los catarros.

La Hidrocalcina cura radicalmente toda clase de tos, bronquitis, gripe (localización torácica) y bacilosis.

De venta en farmacias y centros de específicos.

Gran Fábrica de Muebles Artísticos

PRIMERA CASA EN ESPAÑA

J. MARTINEZ HERRERA

Granada

Proyectos, presupuestos, instalaciones de muebles estilo Inglés, Francés, Americano, Español. Su representante Cecilio López Tello presentará, a quien lo solicite, extensísimo muestrario en modelos, maderas, terciopelos y damascos (para tapicería y cortinaje), lámparas, alfombras, tapices, etc.

Farmacia Moderna

DE

A. NOCEDAL

Escrupulosidad y esmero en el despacho y confección de recetas.

Dosificación exacta.

Agua oxigenada NOCEDAL.

Específicos Extranjeros y del País.

Vendas, Gasas, Algodones, Bragueros, etc.

Seis de Junio, 20

Teléfono 105

L^c UNION

Compañía Francesa de Seguros contra incendios, robo, vida y accidentes

98 AÑOS DE EXISTENCIA

Subdirector para la provincia de Ciudad Real

D. Enrique Penot Donado-Valdepeñas

PLUS ULTRA SASTRERIA

TIENDA instalada en la calle Pi y Margall, 11

donde encontrarán gusto, elegancia y economía en precios igual en géneros que por medio de muestrarios pueden elegir.

NOTA DE PRECIOS

Hechura de traje 25 y 30 pesetas, con forros 45, 50 y 55 ptas.

» de abrigo 25 y 30 » id. id. 40 y 60 »

En espera de sus gratos encargos queda su afectísimo

JOSÉ MOYA

CATALAN

Optometrista

Gabinete de Optica

Graduación científica de la vista y consulta gratis

PÍ Y MARGALL, 6, VALDEPEÑAS

COLEGIO

Institución Moderna

BACHILLERATO

Escuela graduada, con sección de Párvulos

Carreñas especiales

Único Colegio, en Valdepeñas,
incorporado oficialmente
al Instituto de Ciudad Real

Imp. de Mendoza. Valdepeñas.